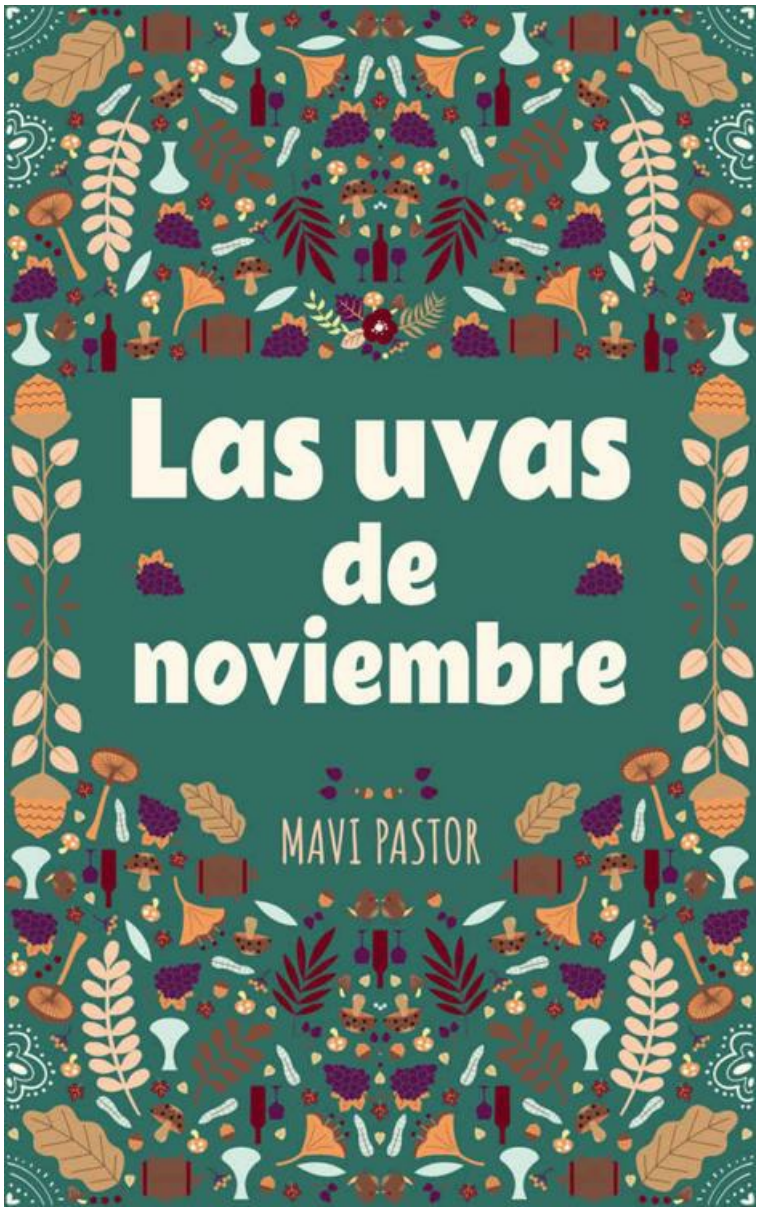
Las uvas de noviembre

MAVI PASTOR


Las uvas
de
noviembre
MAVI PASTOR

Copyright © 2023 Mavi Pastor

©Todos los derechos reservados.
©Las uvas de noviembre.
©Mavi Pastor
@mavipastor - www.mavipastor.com

Diseño de portada: Israel M. Guerrero
Maquetación: Israel M. Guerrero
Primera edición: noviembre 2023

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Las uvas de noviembre

El sol se filtraba a través de las copas de los árboles, creando un efecto de parpadeo en el parabrisas de mi coche. Me fascinaba el paisaje del Bierzo, un refugio idílico para quien, como yo, estaba acostumbrada al asfalto. Tomé el camino de grava que llevaba a la finca, una extensión con viñedos que se perdía en el horizonte. ¡Había llegado!; un milagro porque hacía rato que el GPS no encontraba señal.

—¡Nora! —Mi amiga de la infancia, Olivia, salió de la casa con una sonrisa de bienvenida y me abrazó con fuerza—. ¡No me lo puedo creer! Por fin vas a conocer mi rinconcito del mundo.

—Había que cuadrar las agendas…

—¡Ni que lo digas! Llevo meses insistiendo para lograr este fin de semana libre en el periódico.

—Cuidado. No han pasado ni cinco minutos y Oli ya ha mencionado el periódico. —Una voz masculina habló desde la puerta. Estaba apoyado en el dintel, con unos caracoles negros, igualitos a los rizo alborotados de su hermana, disparados en todas la direcciones y con una camisa de cuadros arramangada, a pesar del frío, que dejaba ver su piel tostada.

—¿Bruno? —dije dubitativa. Me ofreció una sonrisa cálida mientras me acercaba a él. Tenía los ojos oscuros y brillantes, como dos uvas negras.

—Si esperas un fin de semana de desconexión, te has equivocado. Mi hermana es *workaholica*, como dicen ahora.

—No es verdad —protestó ella sin mucho convencimiento. Había sido ese tipo de respuesta automática que se da en las discusiones entre hermanos, en la que no se quiere darle la razón, aunque se sabe que la tiene. Verlos juntos después de tantos años —porque a él no lo veía desde que de niños cambiaron de escuela y de comunidad autónoma— se me hacía raro.

Tras ducharme con agua calentita para sacudirme el cansancio del viaje, bajé a la cocina. Olivia especiaba unas patatas en una bandeja metálica. Bruno consultaba algo de pie en su ordenador portátil, con la vista fija en la pantalla.

—No lo hagas tan temprano; luego tendrás que calentarlo y se quedará más seco —se quejó sin alzar la mirada.

—Lo sé, pero no quiero perder ni un minuto de estar con mi queridísima amiga —me guiñó un ojo—. Es un sacrificio que vale la pena; ahora le quedan solo veinte minutos en el horno.

—Huele delicioso —intervine, tratando de zanjar la disputa familiar.

Bruno, con un gesto, me invitó a sentarme en uno de los taburetes que envolvían la isla central, frente a él y siguió a lo suyo. Su hermana, que ya había finalizado su tarea, se sentó a mi lado.

—Es mi famoso pollo al vino. Está para chuparse los dedos, aunque esté feo que lo diga yo… ¡¿En serio?! —exclamó Olivia mientras cancelaba una llamada entrante en su móvil, que cesó de vibrar—. No pienso responder, hoy lo más importante eres tú. —Me dedicó una sonrisa a la que correspondí con un abrazo, sin moverme del taburete. Su hermano nos lanzó una mirada escéptica desde enfrente.

Apenas había comenzado a relatarle mi viaje, cuando se volvió a encender. Pude leer que ponía «Olga Redactora Jefe». Olivia bufó, pero contestó, al tiempo que me dedicaba un gesto de excusa, y cruzó el arco que separaba la cocina del salón. La oí decir que no hasta tres veces, pero

acto seguido cogió un bloc de notas mientras preguntaba dónde y cuándo. Bruno se puso a mi lado y me colocó una mano en el hombro mientras vocalizó: «Lo siento». Me anclé a sus ojos como si allí tuviera la respuesta a lo que estaba sucediendo. No entendía nada.

Olivia se volvió despacio, con el teléfono en una mano y el bloc en la otra. Me dio la sensación de que estaba eligiendo las palabras que iba a utilizar.

—Me tengo que marchar. Es urgente e importante. —Para habérselo pensado, no resultó muy original, y ni siquiera había sido delicada, sino directa como una bala.

—¿Qué ha pasado *esta vez*? —dijo Bruno con poca tolerancia. Percibí que esta escena la había vivido en más ocasiones, y nunca en momentos oportunos.

—Un incendio, terrible, cientos de hectáreas…

Ante eso, su hermano cambió de actitud. Su cara mostró preocupación.

—¿Dónde?

—En el Parque Natural de Los Ancares. Olga dice que me lleve una mochila, tiene pinta de que tardarán varios días en controlarlo, hay varios focos y se está propagando…

—¡Qué desgraciados! —soltó Bruno. Yo no dije nada porque aún trataba de digerir lo que sucedía y cómo me afectaba. ¿Eso quedaría cerca? ¿Teníamos que evacuar? Ellos no parecían tener prisa, al menos, no él.

—Aún no sabes si ha sido provocado —le previno—, primero hay que corroborar los hechos.

—Siempre lo es. —Acto seguido, Bruno me señaló con el pulgar. —. ¿Y qué vas a hacer con ella?

—Tengo que ir sola, es peligroso. Cuídala y enséñale todo.

—¿Qué? —exclamamos de forma simultánea.

—Lo mejor será que me vaya. No quiero molestar —dije aturdida.

—¡No! —gritaron ellos a la vez.

Cinco minutos después, Olivia salió con una mochila.

Por la ventana solo se veía oscuridad y la sombra, todavía más negra, de algunos árboles contra el perfil del cielo. No se veía nada, no se oía nada. La intensidad del silencio era inquietante. Agradecí que, al menos, Bruno estuviera allí. Si mi amiga me hubiera abandonado en una finca en medio de un bosque montañoso, aquello sería el inicio de una peli chunga de terror.

Bruno, tras aclararme que el incendio estaba lejos y garantizarme que no corríamos ningún tipo de peligro, me puso una taza con agua caliente y varias cajas de té para elegir. Ambos escogimos té blanco con grosellas. Se sentó frente a mí, al otro lado de la isla, con los brazos apoyados sobre la bancada. Se notaba que realizaba labores del campo, porque tenían ese tipo de firmeza que no proviene de las máquinas de un gimnasio.

—Me dijo mi hermana que eres abogada. ¿Qué tipo de casos sueles llevar?

—Soy parte del servicio jurídico de un banco. Mi día a día consiste en redactar y revisar las condiciones de los contratos; vamos, un rollo de papeleos.

—Suena fascinante —mintió con una sonrisa.

—¿Tú en qué trabajas?

—Soy viticultor. ¿No lo sabías? Creía que Olivia te lo habría comentado. Ella me habla de ti todo el tiempo.

Lo observé por encima de la taza que sujetaba con los dedos rodeando la cerámica caliente.

—Ya sabes, habla solo del periódico. Me dijo que te encargabas del terreno, pero pensé

que era para desconectar…

—Jajaja. ¿Tú sabes el tiempo que lleva esto?

—¿Regar las uvas? —Se puso serio al instante y me di cuenta de que mi comentario había sido ofensivo.

—La elaboración del vino, el control de calidad y etiquetado, la venta a los distribuidores, la contratación de mano de obra… —Bruno apretaba la mandíbula, se notaba que le apasionaba lo que hacía—. La viticultura es más que un arte, es un modo de vida, y desde luego, no se hace en ratos libres.

—¡Pensarás que soy una inculta! No tenía ni idea. —Hice una pequeña pausa hasta asegurarme de que había dejado de estar molesto—. Oye, no quiero ser una carga y tú estás muy ocupado. Mañana por la mañana, cojo el coche y…

—¡Ni hablar! Mi hermana me mata si se entera de que te has ido. ¿No huele raro?

—¡El pollo!

Mientras Bruno se encargó de airear la cocina y rascar lo chuscarrado para salvar la cena, me acomodé en el sofá frente a la chimenea de leña con una novela de misterio. Al rato, él también sacó de la estantería un tomo grueso, con ilustraciones en la portada de diferentes tipos de setas y hongos, y gracias a ello, pude descifrar la palabra del título: *Micología*. Bruno cogió unas gafas que había en la mesita rinconera, y encendió la lámpara que había sobre ella. La única forma de medir el tiempo que transcurrió fue comprobar las páginas que había avanzado cuando escuché mis tripas rugir.

—¿Tienes hambre? —me preguntó divertido. Mierda, él también las había oído.

Recalentó el pollo mientras yo rebuscaba en los armarios y cajones de aquella cocina ajena lo necesario para poner la mesa. Salió de la despensa con una botella entre las manos, por lo que cambié los vasos por un par de copas, y nos sentamos a cenar. Se había quedado seco, como predijo, y encima tenía un regusto ahumado, pero lo regamos con un delicioso tinto de su cosecha, de un rojo intenso y sabor afrutado. Me preguntó por mi lectura y, a continuación, aproveché para enterarme de esa extraña ciencia de los hongos, que resultó tener datos entretenidos.

—Es curioso —dijo Bruno mientras apartaba los huesos en su plato—, tengo la sensación de que te conozco de antes.

—En cierto modo es verdad…

—Ya pero, en realidad, tú y yo apenas hablábamos entonces. —Bruno rio con la copa medio vacía en la mano. Aún no se había quitado las gafas, y un rizo le caía por delante de la montura—. Tú pasabas de mí, como es normal porque yo era un crío; pero además, tú por ser chica, no me interesabas lo más mínimo.

—¿Y ahora te intereso? —No sé por qué dije eso. Fue estúpido porque de repente, la conversación adquiría un tono de coqueteo inadecuado hacia mi anfitrión. Y encima, íbamos a estar varios días solos en aquel lugar apartado del mundo, y… era el hermano de mi amiga.

Bruno no contestó. Solo bebió, con la nuez muy marcada bajando y subiendo, y dejó sus ojos como uvas fijos en la mesa.

—Mejor me ocupo de recoger esto. Debes de estar cansada de la carretera.

—Sí, estoy tan cansada que ya no sé lo que digo. —Traté de bromear para quitarle hierro al comentario, pero no estaba segura de si realmente conseguía el efecto contrario—. Voy a ponerme el pijama y me quedaré en mi habitación leyendo, si no te importa.

Cerré la puerta de mi cuarto y me quedé apoyada contra ella, con ganas de golpearla con la frente, si no fuera porque en aquel silencio absoluto se habría escuchado desde abajo.

La luz del amanecer se colaba por la ventana a través de las cortinas floreadas. Leí un mensaje de Olivia. «Es horrible, parece el infierno. Los bomberos luchan para que las llamas no lleguen a las aldeas cercanas». Típico de ella, me había mandado un titular. Bajé, ya vestida, a desayunar. Hacía rato había escuchado la cisterna, por lo que supuse que Bruno estaba también en pie.

—¿Has dormido bien? —Se interesó.

—Hacía tiempo que no descansaba así. ¡He dormido como un bebé! En mi casa hay una carretera con bastante tráfico, aunque me he acostumbrado. —Bruno me sirvió café y sacó pan de la tostadora.

—¿Leche? ¿Aceite o mantequilla y mermelada?

—Solo, gracias. Y mantequilla sin más.

—¿Seguro? Es de albaricoque, casera. —Alzó un tarro de cristal con un contenido anaranjado. Nunca la había probado, así que cedí a la tentación. Estaba de muerte.

La mezcla del olor afrutado con la tostada y el café era reconfortante. Nada que ver con la bebida recalentada en el microondas de la oficina que sustituía al desayuno que nunca me daba tiempo a tomar en casa. Me alivió que me tratara con la misma familiaridad del primer momento e incluso, me propuso que le acompañara a los viñedos para conocer su mundo. Era obvio que no tenía un plan mejor, pero me hizo ilusión explorar el terreno.

—¿No pensarás salir con esos zapatos? —Bruno señaló mis botines con interior de borreguillo y suela plana. Le miré interrogativa. No entendía qué tenían de malo: eran calentitos y cómodos—. Te resbalarás. Coge las botas de Olivia que hay en la entrada.

Su hermana gastaba un número más que yo, por lo que el pie me bailaba un poco, pero una vez que estábamos en medio de los viñedos agradecí que aquel barrizal se pudiera eliminar con un simple manguerazo. Recorrimos las vides mientras me explicaba las características de cada variedad, aunque Bruno no perdía el tiempo. Echó azufre para combatir las esporas de nosequé, revisó la labor de una docena de hombres y mujeres que vendimiaban las cosechas tardías, daba órdenes aquí y allá… De repente, ver la actividad que había en la finca, me confirmó que había sido una ridículo pensar que el trabajo en el campo se hiciera en ratos libres. Hacia las doce, yo no podía con mi alma y me arrepentía de no haber tomado la segunda tostada que me ofreció por la mañana porque no habíamos parado. A él le quedaban asuntos por gestionar y noté que empezaba a ser una carga. Al fin y al cabo, se suponía que debía ser su hermana quien me hiciera compañía.

—Te ofrezco un trato. —Levantó las cejas con interés y metió las manos en los bolsillos del chaleco acolchado—. Te dejo que termines mientras yo preparo algo rico para comer. ¿Qué te parece?

Me dirigí a la casa entre las viñas, con el sol del equinocio bañándome el rostro. Me pregunté cómo sería vivir en un lugar así, y por unos instantes fantaseé con una vida sencilla en el campo, que no implicara vestir con americanas, pasar horas en una oficina insípida y prisas. A aquella gente se la veía ocupada, pero no agobiada.

Con la comida lista, abrí la despensa a elegir una botella de vino cuando escuché a Bruno lavarse las botas en la pila de afuera. Noté su cuerpo tras de mí, observándome.

—No sé cuál elegir. ¡Hay tantas!

Noté que me sonrojaba, tal vez por sentirme ignorante frente a él. Me rozó al pasar para agarrar un rosado, y no pude evitar inhalar su aroma a tierra húmeda, uvas y madera.

—¿Qué te parece este?

—Tú eres el experto.

—Huele de muerte. ¿Qué hay de comer?

Me felicitó por la pasta con setas —supuse que para un amante de la micología sería una buena opción— y de postre, compartimos un racimo de uvas. El jugoso dulzor era un placer para los sentidos. No me extrañaba que Baco, el dios más hedonista del mundo griego, siempre fuera representado con ese manjar. No hubo tiempo de sobremesa porque había que aprovechar las horas de luz, y las tardes de noviembre eran demasiado cortas. Sin embargo, me prometió que cuando regresara, visitaríamos la bodega.

Me quedé leyendo en el sofá hasta que se me cerraron los ojos. Nunca dormía la siesta, pero ese ambiente tranquilo me invitaba. Estaba segura de que había soñado con campos anaranjados de viñas, tierra húmeda y… con él. Se había colado en mis sueños para llevarme de picnic con una típica manta de cuadros roja, y sacaba de una cesta de mimbre dos copas y una botella de tinto que descorchaba con una sonrisa. Desperté, aún con la luz dorada del atardecer, un poco antes de que él regresara.

—¿No has encendido la chimenea? —me preguntó.

—Como íbamos a salir, no sabía si valdría la pena.

—Créeme, lo agradecerás después.

Me subí la bufanda hasta los ojos y me dejé guiar hacia la bodega, a unos diez minutos a paso tranquilo. En la primera planta había barriles y cajas de botellas preparados para los distribuidores, pero en el sótano, donde había unas barricas enormes, el olor de los taninos te golpeaba fuerte. Durante la cata me habló de cada cosecha que tenía, de cuáles estaban en proceso de maduración —que sabían a rayos— y cuáles estaban listos.

—Perdona, a veces soy un poco brasa con este tema.

—En absoluto. Me encanta escucharte —solté—. Quiero decir, se nota que te apasiona.

Aceptó el cumplido con una sonrisa y bajó la mirada. Me ofreció una nueva muestra, y después otra y otra. Al final, sentía un ligero mareo tal vez por el olor, tal vez por la cantidad de información o, lo más probable, por el vino.

—¿Sabes? Anoche te mentí.

—¿Cómo?

—En la escuela, a mí sí me interesabas, por eso callé cuándo me preguntaste, creía que me habías pillado. Ibas dos cursos por encima y cuando hablabas con mi hermana, me fascinaba tu forma de hablar, con ese vocabulario tan exquisito, y me parecía que sabías muchas cosas de las que yo no tenía ni idea.

—¿Yo? —reí entre halagada y sorprendida—. Pero si eres tú el que continuamente me está dando lecciones sobre lo que no sé: el vino, la mi-co-lo-gía —dije despacio—, los taninos y la extinción de incendios. ¡Sabes de todo!

—Supongo que estoy tratando de impresionarte.

Nos miramos y quedó todo dicho. Habíamos tenido esa conexión de familiaridad desde el primer momento, de entendernos con los ojos, con los gestos, sin palabras. No tuvimos prisa por romper el silencio. Allí estuvimos, frente a frente, examinándonos con descaro, como si uno a uno arrancáramos los granos de un racimo, para saborearlo despacio.

Emergimos al exterior con una bofetada de aire helado en las mejillas. La humedad de la tierra se colaba en mis riñones y en las rodillas, por lo que deshicimos el camino con premura. Al cruzar el umbral de la casa, el calor de la lumbre nos dio la bienvenida. Bruno se sentó delante con las palmas hacia el fuego y me indicó que me sentara a su lado.

Cogió uno de mis pies y lo frotó con vehemencia. Luego, extendí el izquierdo para que repitiera la operación. En aquel lugar remoto no había nadie más que él y yo; el uno y el otro.

Durante las horas en las que habíamos conversado, paseado y compartido comidas siempre había tenido la misma sensación de confianza en él. Sus ojos brillantes como dos gotas de merlot me decían que él sentía lo mismo. En ese momento, con el reflejo del fuego en las pupilas, sus ojos se encontraron con los míos. Nuestros labios se buscaron y la calidez de la chimenea pronto se convirtió en ardiente arrebato. Su mejilla acariciaba mis pómulos y ensarté mis dedos entre sus rizos, inclinada de rodillas hacia él, le forcé a quedar tumbado sobre la alfombra. Dejé el peso de mi cuerpo sobre el suyo, mientras nuestras lenguas jugueteaban y sus manos apretaban fuertes mis caderas. Mordí su cuello, él gimió, y clavó los dedos en mi glúteos. En el fondo, había imaginado esa escena desde que lo vi apoyado en el dintel de la puerta, con esa sonrisa cálida y sus caracoles negros.

Un zumbido ominoso sonó desde el interior de mi chaqueta, tirada a unos metros de nosotros.

—No lo cojas —me suplicó, pero ya era tarde. Repté hasta alcanzar el abrigo e intenté rebuscar en los bolsillos, mientras él, entre risas, tiraba de mis piernas hacia la chimenea. Al fin, di con el agujero correcto.

—¿Olivia? ¿Extinguido? Sí, sí, es un alivio. —Mire de reojo a Bruno, que se echaba las manos a la cabeza. Me reí en silencio para que mi amiga no lo escuchara—. ¿Como mucho dos horas? —Bruno se giró contra el suelo e hizo una pataleta como si fuera un niño pequeño. Me tuve que cubrir la boca para que no se oyera mi carcajada—. Claro, bonita, hacemos la cena para los tres. Te esperamos.

QUERIDO/A LECTOR/A:

Gracias por llegar hasta aquí, porque no hay mayor placer para mí que ser leída. Espero que la experiencia haya resultado agradable y que volvamos a encontrarnos en el futuro. Ahora, me gustaría abusar un poco más de tu tiempo. Aquí tienes el resto de relatos de la serie.

Soy una autora autopublicada, lo que significa que no tengo una gran editorial para publicitar mi obra. Por ello, dependo de mi poco tiempo libre y tu buena voluntad. ¿Me ayudas? Hay varias cosas que puedes hacer que a ti no te cuestan nada y para mí son un mundo:

- Recomiéndame a tus amigos.
- Deja tu reseña del libro en Goodreads, en Amazon y en tu blog, si tienes uno.

- Comparte fotos del libro en redes sociales y etiquétame.

Todo esto me da visibilidad para llegar a más lectores. También puedes seguirme en mis redes sociales @mavipastor y suscribirte a mi *newsletter* en https://www.mavipastor.com/suscriptores/. Serás el/la primero/a en conocer cómo avanza mi proceso de escritura, tendrás enlaces directos a mis artículos y recursos en exclusiva.

De nuevo, gracias por leerme.